

Pequeña antología de Francisco Vaquerizo Moreno

De tantas penurias, de tantas ruindades,
de quienes, subidos a sus vanidades,
nos venden recetas para la ocasión;
de las conferencias a tanto el minuto,
de las procesiones con san Sisebuto,
de los recitales
y juegos florales,
líbranos, Señor.

A su venta allegó, un día,
aquel hidalgo manchego,
que no tuvo semejante
porque no pudo tenerlo
ni como hombre bondadoso,
ni como cristiano viejo,
ni como andante a caballo,
ni como amador discreto.

Sobre la noche romana,
el viento se detenía,
la luna se bautizaba
en las aguas tiberinas

y allá, por el Vaticano,
el Santo Padre andaría
en su mesa de trabajo
firmando la última Encíclica.

Mi padre fue un labriego enamorado,
curtido de honradez y de paciencia,
sin más sabiduría ni más ciencia
que la que da la escuela del arado.

Ahora que la vida, a todos
nos ha dejado maltrechos,
ahora que ya da lo mismo
un pepino que un pimiento,
un docto que un ignorante,
una sonrisa que un duelo,
fuente de la Fuente Arriba,
una cosa te prometo:
pese a todos los pesares,
irás en mi pensamiento
hasta que mi corazón
exhale el último aliento.

(Del poemario *De mis pasos en la tierra*)